EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVI — DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA — NUM 13888

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 íd.—Extranjero: Tres meses, 11'25 íd.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración: Mayor, 24

LUNES 16 DE ABRIL DE 1906

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartín, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

El Vesubio en erupción

Siguen las agencias enviando noticias del fenómeno que en estos instantes tiene acongojada á la ciudad de Nápoles.

Viven aquellos habitantes en constante peligro. Su vida se desliza entre el temor y la esperanza, y ora se ven envueltos en lluvia copiosa de oscura ceniza que intercepta los rayos del sol, ora acalla el rugiente Vesubio sus bramidos, descansando un rato para empezar de nuevo.

Huellas de la erupción terrible que actualmente verifica el volcán, las guardan ya indelebles muchos pueblos de aquella región; Portici y Torre dell' Anunziata situados en la orilla del mar; Boscotracase y Boscoreale sitos entre la costa y el monte Vesubio; Ottoiano, Torre del Greco, Tarzigno y otras pequeñas poblaciones sitas tierra adentro, cuyos habitantes deben estar acostumbrados á los sustos que el volcán les propina cuando no han emigrado para huir de una vez y para siempre del feroz vecino que amenaza sus vidas.

Leyendo los tormentos que sufren estos días los infelices que tienen su morada en los pueblos citados, y en otros que no se mencionan, pero que están cercanos al volcán se oprime el corazón. Gentes que huyen á la desbandada para eludir la lluvia de ceniza ardiendo que quema la carne y enrarece la atmósfera dejándola en condiciones imposibles para poderla respirar; infelices que se ven cercados por torrentes de lava y que viven entre el doble peligro de la ígnea corriente que amenaza alcanzarles y el constante trepidar del terreno donde asientan los pies. ¿Cuándo llegará hasta ellos el ardiente río? ¿Cuándo se abrirá en el suelo una hendidura y desaparecerán por ella?

La gente huye alocada, como huyó hace veintisiete años por igual motivo, como ha huído diez veces más en el siglo anterior, como ha huído en cuantas ocasiones el terrible volcán ha despertado vomitando ceniza y bloques candentes y echando por la boca espumarajos de fundida lava.

Las agencias nos pintan desoladas varias poblaciones. Boscotracase; donde no quedaron después de la erupción de 1879 más que tres casas en pie—y de ahí le viene el nombre—ha quedado totalmente destruído; Torre dell' Anunziata está en espera del torrente ígneo, limpia de habitantes, pues todos han huído. ¿Qué habían de hacer si la única arma que puede emplearse contra los ataques del Vesubio es la fuga?

Cuando aquél despierta ni Nápoles se libra de su furia. Lejos está del monstruo la antigua capital de Francisco II, mas cuando abre las fauces y comienza á lanzar piedras y cenizas no están seguros los vecinos de la capital napolitana. ¿Qué han de estarlo si hasta ellos llegan los pétreos proyectiles y las consecuencias de los terremotos?

Recientemente se han hundido allí una imprenta, un mercado y la fábrica de tabacos, aplastando los escombros á un número crecido de infelices. Y es tal el pánico que se ha producido que los moradores de la capital napolitana huyen también para ponerse en salvo del peligro, como huyeron antes los vecinos de Torre del Greco y de Portici.

Pasará el tiempo; el monstruo refrenará sus iras y entrará en un nuevo período de quietud; los fugitivos volverán á sus hogares, y cuando más confiados estén, volverá el cráter á vomitar lavas, piedras y cenizas, y Portici, Greco, Nápoles, Tarzigno, Ottoiano y demás poblaciones sitas en las inmediaciones del volcán apelarán de nuevo al recurso de la fuga, para salvar sus vidas, ya que no puedan salvar sus propiedades.

Vivir de esta manera no es vivir; mas cuando el gobierno italiano no hace nada en evitación de que los furores del Vesubio encuentren en su zona pueblos que destruir y vidas que sacrificar, es que no hay medio de impedir que la gente fabrique sus casas donde la experiencia tiene demostrado que se vive en peligro constante.

Y en tal caso ¿que se le ha de hacer? Lamentar lo que ocurre y desear que el período de reposo siguiente á éste de plena actividad del Vesubio dure muchos años; que sea eterno si es posible.

TIJERETAZOS

Azorín, el pequeño filósofo, ha sometido á una interview á un personaje influyente del partido republicano catalán, miembro del ayuntamiento barcelonés y de la junta municipal de unión republicana de la capital de Cataluña.

Y he aquí lo que le ha dicho el personaje:

«El cordial afecto que por Salmerón se ha despertado en el campo regionalista catalán, donde los conservadores predominan, es ya la promesa de una positiva y provechosa conquista de elementos útiles á la causa republicana.»

Ilusiones engañosas
livianas como el placer.

Esos conservadores regionalistas son los mismos que han gritado ¡muera la libertad! ante la redacción del periódico del Sr. Corominas que hoy tanto los defiende.

Si son como ellos dicen ser y como dice *La Publicidad* ¿cómo combatieron con tanta saña á Pí y Margall, que sobre ser paisano, les brindaba una doctrina más compatible con la suya que la del Sr. Salmerón?

No te fíes.

En eso anda un poco escamado el personaje, porque ha dejado escapar ésto en la interview:

«Sólo presiento un vago peligro y este consiste en que ciertos elementos de la extrema derecha ó de la extrema izquierda, con recelos y suspicacias y acaso con el afán de aprovecharse de las circunstancias para fines individuales ó de bandería, traten de bastardear un movimiento tan noble, franco y desinteresado.»

Pues verá usted cómo se cumple su presentimiento.

¿Pero es que acaso los elementos de que habla el personaje no han hecho política hasta ahora? ¿Y cómo la han hecho?

Lerroux podría dar informes.

Ya los ha dado claros y precisos en otra ocasión.

Pero hay séres para los cuales de nada sirve la experiencia.

Tienen oídos y ojos y ni oyen ni ven.

—

En una casa de Barcelona han sido descubiertos ciertos aparatos, de los que se ha incautado la policía.

¿Que para qué servían?

Para fabricar modestísimos perros de cinco y de diez céntimos, á espaldas de la ley.

Por cierto que la nueva nos disgusta.

Mientras se fabricaban duros y pesetas, ¿á nosotros, qué?

Pero habiendo llegado esa industria á los perros, nos intranquiliza.

MICROSCOPICAS

El suceso de Courriéres ha pasado á la historia de los grandes desastres. A su alrededor se ha hecho el silencio. A la exaltación del dolor ha sucedido la atonía, quedando sólo como recuerdo del trágico suceso, el luto de los deudos de los que perecieron en las labores subterráneas.

Ya no acude la gente á los pozos en espera de ver salir otros obreros vivos. No pueden quedar más; los que no perecieron quemados, deshechos, proyectados sobre los astiales de las galerías, ó asfixiados, murieron de muerte más horrible: de hambre.

¿Quién—sabiendo lo que es una mina de carbón de piedra—no habrá bajado con el pensamiento á las hulleras de Courriéres? Yo he bajado y sufrido sensaciones enormes de horror indecible, que me han robado el sueño alguna noche, como robó la vida el terrible grisú al millar y pico de infelices que arrancaban el pan de la industria que había de transformarse en luz, en calor, en movimiento.

Hay en esa catástrofe un conjunto de horrores que espanta. El número de víctimas, que es de extraordinariedad que asusta; la clase de muerte, sobrevenida en estos accidentes siempre por sorpresa; el lugar, oculto á las miradas de los que en caso necesario han de prestar auxilio. Pues hay otro más grande, más intenso, que agarrota el espíritu y estruja el corazón. Esa nota de horror infinita la dan los obreros que han sobrevivido á la catástrofe para morir después desesperados, á oscuras, sin encontrar camino practicable para ponerse en salvo, demandando un auxilio que no pudo llegar. Frente á las torturas por ellos sufridas, nada valen ni nada representan las experimentadas por sus compañeros. En éstos la vida se apagó de pronto; fué un dolor iniciado que acabó enseguida. En aquéllos... ¡Infelices! Ellos sintieron sobre sus cabezas agitarse los gases en conmoción extraordinaria; sus oídos escucharon el horrísono trueno que produjo la mezcla detonante al estallar; y aplanados, temblorosos, saturados de horror, oyeron los ayes de agonía de sus desdichados compañeros, menos desdichados que ellos mismos, porque al morir habían terminado sus dolores, en tanto que para los supervivientes comenzaba una vida de sufrimiento atroz.

Vivir en tinieblas en la vecindad de los muertos; buscar una salida y no encontrarla; acordarse de los seres queridos y llamarlos sin esperanza de que acudan; sentir los tormentos del hambre y recurrir para acallarla á verdaderas asquerosidades; pensar en el suicidio para huir á tanto horror y no tener siquiera fuerza para intentarlo; sentirse mordido por animales asquerosos que impiden hasta el recurso de dormir para olvidar y pasarse así un día, dos, diez, Dios sabe cuántos, hasta caer agotados por el horror y el hambre, es agonía demasiado cruel.

Con razón se ha sentido la humanidad impresionada ante esa desdicha de Courriéres. Con razón se ha elevado en todas partes un grito de dolor, poniendo de relieve que no es la humanidad tan mala que le sean indiferentes desdichas tan grandes como la que acaba Francia de experimentar.

Raul.

Este misterio femenino vestido de cachemiras y de bordados, ponía en juego en mi corazón todos los sentimientos humanos, orgullo, amor, curiosidad.

IXIXX

El capricho de la moda ó ese deseo que todos sentimos de parecer originales, había introducido la manía de alabar un espectáculo del boulevard, y la condesa manifestó el deseo de ver el rostro enharinado de un actor que hacía las delicias del público.

Quise complacerla y tuve el honor de acompañarla á la primera representación de una comedia muy mala.

El palco no costaba más que cien sueldos, y yo no poseía ni un franco.

Me faltaba escribir aún medio tomo de mis memorias, y por consiguiente no me atreví á pedir dinero al señor Maribault.

Ella me miró con una dulzura que me hizo estremecer de gozo.

—¡Tal vez me ama!—pensé mientras la contemplaba.

Y luego añadí en alta voz:

—¿Paulina?...

Levantó la cabeza y alzó los ojos.

Entonces la examiné, creyendo poder leer en su corazón como en el mío, porque la espresión de su fisonomía era sencilla y pura.

—¿Me amais?—le pregunté.

—¡Ya lo creo!—exclamó riéndose

No me amaba.

Su acento burlón y su gesto que pintaba solamente una locura juvenil, me lo hizo conocer.

Le confesé entonces mi apuro y le rogué que me ayudase, llevando mi alhaja á empeñar.

—¡Cómo!—exclamó.—¿No quereis ir al Monte de Piedad y quereis que yo vaya?

Quedé avergonzado y confundido por la lógica de aquella niña.

Y como queriendo compensar con una caricia la severidad de su exclamación, me tomó una mano y dijo: